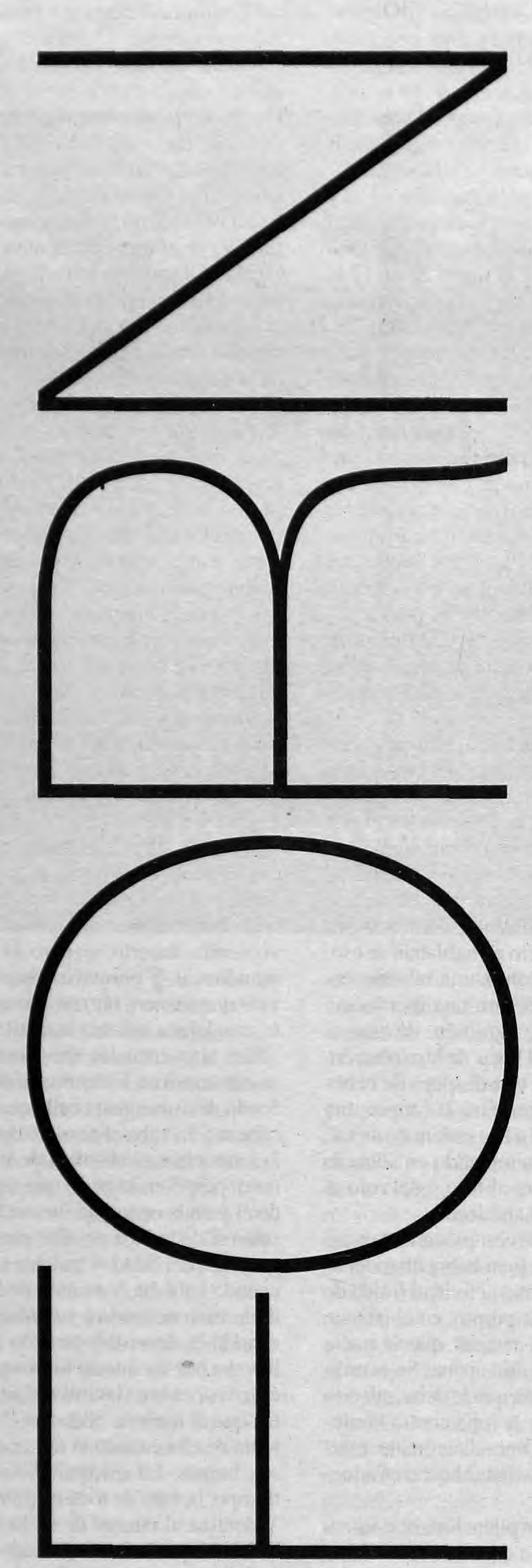
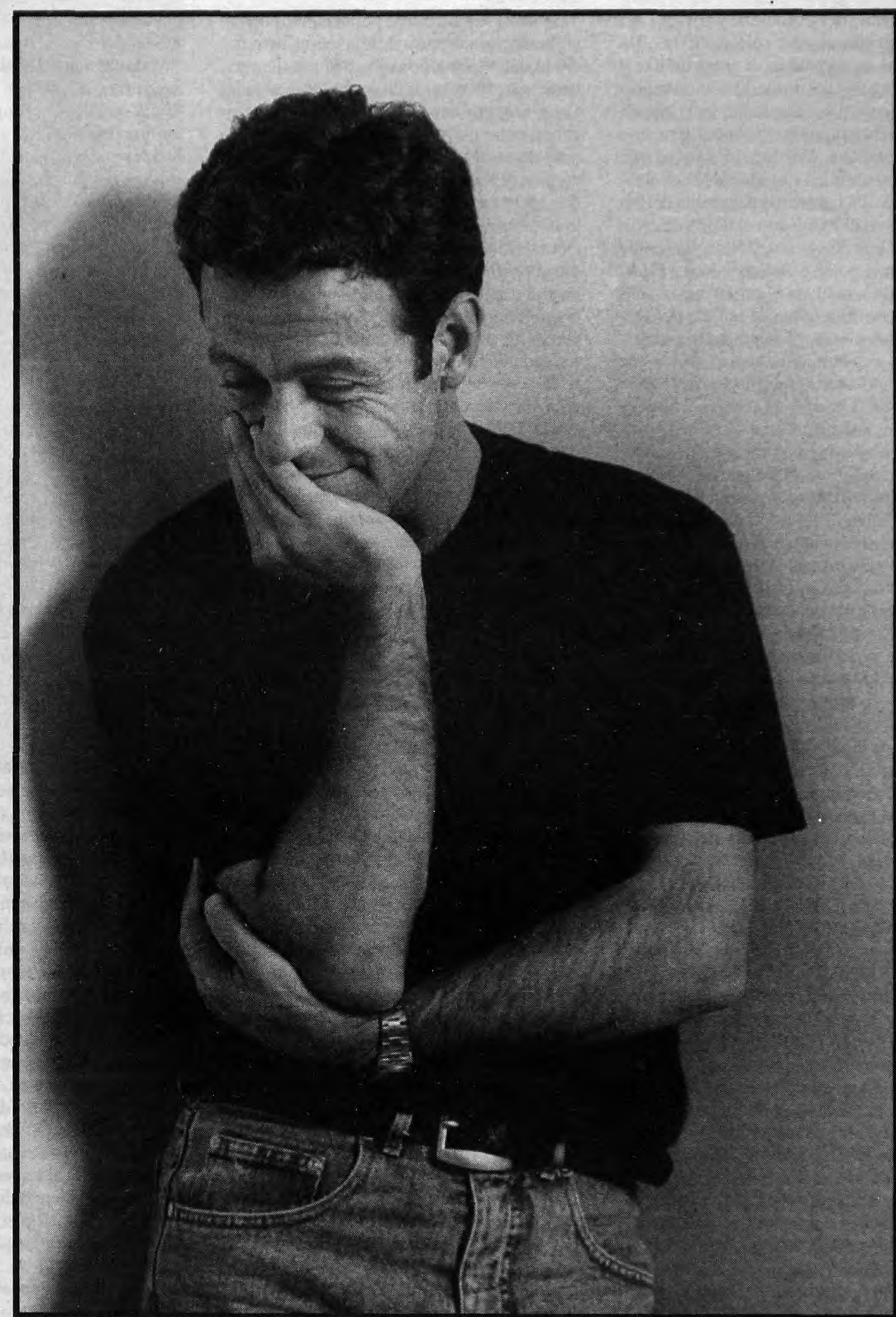




Atentados

El 17 de marzo de 1992 una gran explosión derrumbó el edificio de la embajada de Israel, ubicada en Arroyo y Suipacha. El estallido se produjo a las 14.50 y provocó la muerte de 18 personas, más de 250 heridos y la destrucción de los edificios y los vehículos de la vecindad. Este hecho llevó a la Argentina a los titulares del mundo entero, y la introdujo en la fría estadística del terrorismo internacional.

Dos años después, el 18 de julio de 1994, la conmoción volvió a repetirse con el atentado que destruyó el edificio de la Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA), en el que murieron 80 personas.

Aún no se han descubierto a los ideólogos y a los ejecutores de ambos hechos.

Presentación de Guillermo Piro

Lo primero que notó Iván al despertarse fue el calor asfixiante del dormitorio y las sábanas humedecidas con su transpiración. Antes de abrir la puerta y salir de su cuarto ya sabía remotamente que el aire acondicionado no funcionaba, pero pareció necesitar una recorrida por los otros ambientes para aceptarlo como un hecho.

Las persianas de todo el departamento seguían bajas, como siempre, pero los ventanales estaban abiertos de par en par, y había una nota de Manú en la mesada de la cocina, anunciando que no sólo estaban sin aire acondicionado sino sin electricidad y sin gas. No daba más explicaciones; sólo decía que las ventanas las había abierto él antes de irse y que se encargaría del desperfecto a su regreso. Iván encontró la caja de luz en la cocina y probó los interruptores en vano. Lo mismo con el termotanque. Al menos había agua fría, comprobó al abrir las canillas de la cocina.

Después de ducharse en la penumbra del baño se sentó en el living con el único desayuno posible: una de sus botellas de ginger-ale tibia y un manojo de galletitas saladas. Dedicó el resto de la mañana a una variación obligada de su rutina a causa de la falta de electricidad: lavó a mano y con agua fría un par de camisas y calzoncillos sucios –de los que usaba él solamente, aunque fuesen de Manú–y, después de colgarlos a secar en el lavadero, volvió al sofá, a releer por enésima vez uno de sus libros de Elderain, mientras esperaba la eventual visita de Valentina. A las dos de la tarde, el departamento era un horno, Valentina no había llegado todavía e Iván dormitaba en el sofá, cuando lo despertó de golpe un estruendo brutal.

Estaba demasiado atontado, al abrir los ojos, para reparar en el silencio que siguió a la explosión. Lo primero que notó, por encima del zumbido de sus oídos, fue una sonoridad completamente diferente a la habitual, allá abajo, en la calle. El ritmo mecánico y rutinario de los autos arrancando o frenando, según los semáforos de la avenida, había sido reemplazado por gritos y sirenas, que fueron intensificándose en los minutos siguientes.

Había una tensión ácida en el aire, incluso en el aire caliente del interior del departamento. Iván caminó con aprensión hasta el baño, evitando acercarse a las ventanas en su camino, y dejó un buen rato la cabeza bajo el chorro de agua fría del lavatorio. Pero, al volver al living, no pudo repetir el cuidadoso trayecto de ida: se dejó llevar hasta el ventanal, y ahí se quedó, sin subir las persianas, tratando de desentrañar lo que decían los gritos de abajo.

Cuando empezó a sonar el teléfono, cuando siguió sonando y sonando se acordó de que estaban sin electricidad –es decir: sin contestador automático–; y, aunque al noveno timbrazo levantó el aparato entero con mucho cuidado y le bajó completamente el volumen, no pudo hacer lo mismo con aquello que sentía adentro: ese zumbido que había ido transformándose en una vibración generalizada, un escozor eléctrico en todo el cuerpo, debajo de la piel.

Entró en su dormitorio, se puso una camisa encima, sin secarse el agua que le goteaba del pelo por la espalda, volvió al living y dio una vuelta completa en torno de los muebles antes de decidirse a abrir la puerta del departamento y empezar a bajar las escaleras muy despacio, piso por piso, aun cuando en el camino descubrió que el ascensor funcionaba y las luces del resto del edificio también. Había mucha gente en la calle, no sólo en la vereda y en la plaza sino por la avenida también, porque el tránsito estaba interrumpido. La reverberación del calor y el movimiento excesivo de gente le impidieron oír lo que se decían unos a otros. Caminó en la misma dirección y al mismo paso acelerado que la mayoría, hacia Libertad, hacia la nube de humo, superó la zona de sombra y siguió caminando igual cuando entró en la comarca incandescente de un sol que anulaba la distancia entre las cosas y lo volvía todo ardientemente blanco, asfixiantemente blanco, como un paño hirviente en la cara. Y de pronto sintió que alguien lo agarraba del brazo.

–¿No me oías? Hace media cuadra que te estaba gritando. ¿Adónde vas? -dijo Valentina. Estaba sin aliento y con los ojos dilatados; casi no era ella, en esa luz inclemente.

Iván señaló con el brazo en la dirección hacia donde estaba caminando.

–¿Me querés decir que no sabés lo que pasó? –dijo ella, y se le plantó delante para detenerlo–. ¿No oíste la explosión?

Sí, dijo él, creo que sí, y la hizo a un lado y siguió caminando, más rápido ahora, casi corriendo. Porque en el momento en que estuvo quieto, con Valentina delante, sintió que, de quedarse un segundo más así, frente a la mirada desorbitada de ella y a la palpitación candente de las cosas a su alrededor, ya no podría moverse, en ninguna dirección. O porque creyó haber oído a alguien gritándole en el oído al pasar a su lado: "¡Voluntarios!", o algo similar.

La plaza era un caos: policías, bomberos, ambulancias, cámaras de televisión, pero nadie lo detuvo cuando dejó atrás a Valentina; nadie parecía reparar en quién tenía al lado. Llegó a los primeros escombros y siguió avanzando entre nubes de polvo, todavía prisionero de esa reverberación interior, hasta que alguien le sacudió el hombro y le pidió ayuda para remover un enorme bloque de hormigón.

No supo cuánto tiempo estuvo así. Cuando oía gritos o gemidos, o cualquier señal humana entre los escombros, retrocedía hasta que alguien ocupaba su lugar y recomenzaba a escarbar en otro lado, trastabillando, tosiendo, tratando de respirar otra cosa que polvo y aire caliente. Sólo tenía conciencia de la pulsación ensordecedora en sus sienes, y quizá por eso tardó en reaccionar cuando un policía tiró brutalmente de su camisa y le ladró, con la cara a centímetros de la suya: "¡Atrás de la valla, carajo! ¡Todos los civiles atrás de la valla!". Tropezó con una camilla vacía y cayó al piso. Dos personas lo agarraron de los brazos y lo arrastraron varios metros hacia atrás. Cuando comprobaron que estaba sano, lo dejaron tirado en la calle y volvieron a la montaña de escombros. Iván se levantó solo, miró a su alrededor y retrocedió entre empujones hasta el medio de la plaza. Ahí se apoyó contra un árbol y una arcada de vómito lo dobló en dos.

Había algo más nocivo y denso que ese líquido viscoso que salía convulsivamente de su boca; no sólo estaba expulsando el contenido de su estómago: era como si su cuerpo entero estuviera vaciándose de aquella sustancia electrificada. Cuando se incorporó, con las piernas temblorosas, los ojos ardiendo y una sequedad acre desde el estómago hasta los conductos nasales, necesitó respirar en bocanadas interminables hasta tener aunque fuese aire adentro. Con las piernas abiertas y las manos apoyadas en el tronco del árbol, respiró y respiró. Y fue notando muy de a poco que había algo más denso y sólido en su interior; pero tan bienvenido e inofensivo como aire.

Ya no oía su respiración; no oía la tensión de sus piernas tiesas; no oía el vacío en su estómago ni el movimiento de sus párpados, abriéndose y cerrándose hasta que los ojos se adaptaron al ardor blanco de afuera. No oía tampoco nada de lo que sucedía a su alrededor. Como si, por encima de la tierra que pisaba, existiese el mismo silencio que debajo: primigenio, inmutable. En ese silencio tomó conciencia, muy lentamente, de que estaba fuera del departamento.

El sol ya no se veía detrás de los edificios de Talcahuano, pero el calor no había disminuido nada. Mientras caminaba por el pasto terroso hacia allá Iván descubrió, sin la menor alteración en su estado de ánimo, que no sólo no tenía manera de volver a entrar, sin llave; tampoco sabía la dirección exacta del departamento, ni se acordaba del aspecto exterior de aquel edificio al que había entrado una sola vez, dos meses antes. Miró las ventanas del último piso de todos los edificios de la cuadra, descartó los más antiguos y buscó, entre los más altos, un último piso sin balcones y con todas las persianas bajas. Había uno solo con esas características, aunque parecía mucho más angosto visto de afuera que viviendo en él.

Antes de entrar en aquel edificio, giró y miró por última vez en dirección al tumulto, al otro lado de la plaza, donde estaba el edificio desmoronado de la sinagoga: seguían llegando ambulancias y patrulleros, seguía acumulándose gente; lo que había sucedido continuaba sucediendo sin parar. Eso era el mundo, supo de pronto, sordamente.

Ignoró a los curiosos de la entrada de su edificio y siguió de largo al pasar frente al ascensor principal. Se tomó su tiempo para llegar hasta arriba, escalón por escalón; en mitad del trayecto apoyó la frente contra el pasamanos de hierro de la escalera y esperó hasta que el frío del metal se entibió contra su piel. Sentía el cuerpo entumecido y blando, incluso la costra de sangre sucia de sus dedos, y un resto de náusea terrosa disipándose contra el techo del paladar.

Sólo al llegar al palier desierto del último piso se permitió imaginar lo que se había vedado mentalmente a sí mismo mientras subía: que encontraría a Valentina allí arriba, sentada en la alfombra del palier, con la cabeza apoyada contra la puerta del departamento, los ojos cerrados y el pelo en la cara.

Mientras seguía su ascenso por las escaleras, rumbo a la azotea ahora, se dejó invadir por la escena hasta entonces vedada: sin decir una palabra, él se agachaba junto a ella y la despertaba acariciándole la cara. Ella abría los ojos y decía: "Dónde estabas; adónde fuiste", alejando la cara de la mano de él. El le apartaba el pelo de la cara y la obligaba suavemente a mirarlo de nuevo. Ella murmuraba: "Me hubiera ido. A cualquier parte. Pero estaba todo tan lleno de gente. No sabía qué hacer allá abajo. Ni siquiera me acordaba adónde dejé el auto". Shh, le decía Iván, sin tocarle los labios, hasta que ella misma apoyaba su boca en la mano de él y cerraba los ojos. Y cuando a él empezaban a dolerle las rodillas de estar tanto tiempo flexionado en esa posición, le decía: "Es inútil quedarnos acá. No tengo llave", mientras la ayudaba a levantarse. Ella abría los ojos de nuevo. "A la calle no. A la calle no", repetía, mientras él la guiaba de la mano hacia arriba por la escalera, como si Valentina no le ofreciera resistencia.

No había nadie en la azotea, ningún curioso apuntando morbosamente sus largavistas hacia los escombros a menos de cien metros de allí. La terraza tenía dos niveles: en el primero había una pileta, pero Iván siguió subiendo, llevando aún de la mano a Valentina, mentalmente. Ni uno ni el otro se asomaba a mirar, cuando llegaban arriba; cada uno por sus propias razones; pero no hablaban de eso. Valentina se sentaba contra una saliente, recubierta, como el piso, con una membrana plateada con juntas de alquitrán, de cara al sol, dando la espalda al lugar de la explosión, y él iba a sentarse con ella después de beber un poco de agua y refrescarse la cara en una canilla que había junto a la escalera de metal. Ahí se quedaban, contemplando en silencio el viraje del amarillento al rojo y del rojo al púrpura en el cielo del atardecer.

Cuando el cielo quedó completamente a oscuras y hacía rato que Iván había abandonado a Valentina y toda otra actividad fluida de su mente, descubrió de pronto, en el paisaje desolado de las demás azoteas, que nadie dejaba la ropa a secar allá arriba. Se acordó entonces de la aprensión que le daba, cuando era chico, el blanco de la ropa contra la mugre y el hollín. Y, casi inmediatamente, estalló en su cabeza algo que había hecho en aquella época.

Algo furtivo y sin explicación, que en su momento creyó que se desvanecería tal como se había extinguido el impulso que lo llevó a hacerlo. Y que, para su sorpresa y su ignominia, no se desvaneció en absoluto. Siguió estando allí, toda la noche y gran parte de la mañana siguiente, dieciocho horas enteras; y sólo entonces adoptó su entera y gratuita maldad, cuando Iván oyó cómo lo describía otra persona: una de las agraviadas por aquel acto miserable y caprichoso. Tenía que ser un sábado, porque él estaba de pie al lado de su madre esperando el ascensor, y era a media mañana, tenía que ser a la fuerza un sábado a la mañana. Se toparon con la vecina, una señora tan anónimamente distinguida como su madre, que sin el menor preámbulo les confesó su lamento ante algo que había ocurrido la tarde anterior. Que su madre escuchó con enorme vergüenza, lo notara o no la vecina: vergüenza ante el anonimato cobarde y gratuito de aquella humillación, ante la desolada resignación del relato. Sí, él podía dar fe, él conocía esa expresión de su madre: esa vergüenza abrumadora debajo de su invencible ecuanimidad. Y, en todo momento mientras su madre oía a la vecina y él estaba silenciosamente parado junto a ellas, los tres esperando el ascensor para bajar, él había pensado: *"Yo lo hice. Yo fui"*.

Una estrella de David, dibujada con una birome, hasta saltar la pintura, en la puerta de servicio de sus vecinos. El era el culpable. Aunque no pudiera, aunque no supiera explicar por qué. Quizá por la sencilla razón de que había llegado al departamento desde el colegio y no había nadie: nadie para abrirle la puerta y servirle el té, nadie para contestar sus furibundos timbrazos y dejarlo entrar en su propia casa, nadie para recoger su portafolios y el saco del colegio que él dejaría tirado en su camino hacia el televisor, nadie para permitirle continuar hipnóticamente su rutina cotidiana.

¿Cuánto tiempo había estado esperando: quince minutos? A lo sumo quince minutos. Hasta que la mucama llegó del supermercado y por fin le abrió. Lo suficiente, sin embargo, para ir hasta el palier de servicio, sacar una birome de su portafolios, repetir una y otra vez esos trazos hasta hacer saltar la pintura, y volver inocentemente a la puerta principal del departamento a seguir esperando y tocando el timbre de su propia casa. La primera infamia absolutamente propia, absolutamente gratuita y absolutamente sin castigo, de la que tenía recuerdo.

Iván abrió los ojos y miró el agua de la pileta a sus pies, en el nivel inferior de la terraza, el agua quieta y aceitosa y con reflejos brillantes en la oscuridad. Pensó en Valentina nuevamente. Pensó en un mundo paralelo, donde él y ella eran versiones menos imperfectas e infames e insípidas de sí mismos: un mundo paralelo donde todo ese día ocurría de manera enteramente distinta. Un día tan rutinario como cualquiera, donde él se dejaba llevar por ella hasta ahí arriba, sí, pero al final de una tarde pacífica, perfecta. Y pisaban por primera vez esa terraza juntos. Y miraban ese cielo escaso de estrellas juntos. Y él tenía la cándida certeza de que, a partir de entonces, podría volver a pisar la calle, y caminar al aire libre y mirar las caras de la gente, un día y otro y otro, sin pensar en eso como un suplicio, sin sentir en el fondo de su corazón lo que sentía en ese momento: que sería capaz de hacerlo en el futuro, que ya lo había hecho y volvería a hacerlo, sí; pero en el despiadado mundo real. Y porque había purgado, a solas y de una manera horrorosamente insuficiente, una lejana infamia infantil.

Para ahuyentar las imágenes de esa tarde, se concentró en Valentina; trató de ir hasta el fondo de esa angosta calle que se abría en su cabeza y llevaba el nombre de ella. Pensó en la ausencia casi absoluta de intereses en común; pensó en lo poco que sabía ella acerca de él y en la opacidad inescrutable de lo que sabía él de la vida de ella; pensó en la entrega y la pasividad simultánea de Valentina, cuando hablaba, y cuando no hablaba, cuando la tuvo desnuda a su lado por única vez, cuando la desvistió, no sólo de la ropa que llevaba puesta sino de todo aquello que parecía envolverla en las mil imágenes superpuestas que él tenía de ella, que él descubrió que tenía de ella cuando la tuvo por única vez en sus brazos. La disponibilidad y, al mismo tiempo, la falta de toda respuesta corporal de Valentina al cuerpo de él, la confesión posterior de que le había gustado, sin embargo, y de que nunca había llegado más lejos que eso, salvo unas pocas veces, con su marido.

Entonces, de golpe, entendió.

Con la pureza fortuita de cierta clase de descubrimientos, entendió de golpe que, en ese olímpico desdén de Valentina por todo lo que no fuera ella, estaba incluido un elemento adicional, inesperadamente generoso, inesperadamente liberador.

Como el sabor de una fruta exótica probada una única vez; como una cama ajena donde uno se deja caer cierta noche vencido por el agotamiento; como una canción oída al pasar en la radio, como tantas cosas remotas que después uno recuerda apenas, pero ya no puede describir, y a veces ni siquiera identificar. Así entendió que Valentina podía ser para él lo mismo que él había sido para ella: algo pasajero en el sentido más cabal del término. Algo que se evaporaba, que ya se estaba evaporando quizá, en la memoria de uno y otro, sin dejar mayores rastros.

Cuando bajó, una hora más tarde, había vuelto a refrescarse la cara y las manos, esta vez en el agua inmóvil de la pileta, y se sentía relativamente capaz de enfrentar las preguntas que le hiciera Manú.

Pero al llegar al palier vio que la puerta del



La luz blanca del mundo allá afuera

Por Juan Forn

Lo primero que notó Iván al despertarse fue el calor asfixiante del dormitorio y las sábanas humedecidas con su transpiración. Antes de abrir la puerta y salir de su cuarto ya sabía remotamente que el aire acondicionado no funcionaba, pero pareció necesitar una recorrida por los otros ambientes para aceptarlo *como un hecho*.

Las persianas de todo el departamento seguían bajas, como siempre, pero los ventanales estaban abiertos de par en par, y había una nota de Manú en la mesada de la cocina, anunciando que no sólo estaban sin aire acondicionado sino sin electricidad y sin gas. No daba más explicaciones; sólo decía que las ventanas las había abierto él antes de irse y que se encargaría del desperfecto a su regreso. Iván encontró la caja de luz en la cocina y probó los interruptores en vano. Lo mismo con el termotanque. Al menos había agua fría, comprobó al abrir las canillas de la cocina.

Después de ducharse en la penumbra del baño se sentó en el living con el único desayuno posible: una de sus botellas de ginger-ale tibia y un manojo de galletitas saladas. Dedicó el resto de la mañana a una variación obligada de *su rutina a causa de la falta de electricidad*: lavó a mano y con agua fría un par de camisas y calzoncillos sucios –de los que usaba él solamente, aunque fuesen de Manú–y, después de colgarlos a secar en el lavadero, volvió al sofá, a releer por enésima vez uno de sus libros de Elderain, mientras esperaba la eventual visita de Valentina. A las dos de la tarde, el departamento era un horno, Valentina no había llegado todavía e Iván dormitaba en el sofá, cuando lo despertó de golpe un estruendo brutal.

Estaba demasiado atontado, al abrir los ojos, para reparar en el silencio que siguió a la explosión. Lo primero que notó, por encima del zumbido de sus oídos, fue una sonoridad completamente diferente a la habitual, allá abajo, en la calle. El ritmo mecánico y rutinario de los autos arrancando o frenando, según los *semáforos de la avenida, había sido reemplazado* por gritos y sirenas, que fueron intensificándose en los minutos siguientes.

Había una tensión ácida en el aire, incluso en el aire caliente del interior del departamento. Iván caminó con aprensión hasta el baño, evitando acercarse a las ventanas en su camino, y dejó un buen rato la cabeza bajo el chorro de agua fría del lavatorio. Pero, al volver al living, no pudo repetir el cuidadoso trayecto de ida: se dejó llevar hasta el ventanal, y ahí se quedó, sin subir las persianas, tratando de desentrañar lo que decían los gritos de abajo.

Cuando empezó a sonar el teléfono, cuando siguió sonando y sonando se acordó de que estaban sin electricidad –es decir: sin contestador automático–; y, aunque al noveno timbrazo levantó el aparato entero con mucho cuidado y le bajó completamente el volumen, no pudo hacer lo mismo con aquello que sentía adentro: ese zumbido que había ido transformándose en una vibración generalizada, un escozor eléctrico en todo el cuerpo, debajo de la piel.

Entró en su dormitorio, se puso una camisa *encima, sin secarse el agua que le goteaba del* pelo por la espalda, volvió al living y dio una vuelta completa en torno de los muebles antes de decidirse a abrir la puerta del departamento y empezar a bajar las escaleras muy despacio, piso por piso, aun cuando en el camino descubrió que el ascensor funcionaba y las luces del resto del edificio también. Había mucha gente en la calle, no sólo en la vereda y en la plaza sino por la avenida también, porque el tránsito estaba interrumpido. La reverberación del calor y el movimiento excesivo de gente le impidieron oír lo que se decían unos a otros. Caminó en la misma dirección y al mismo paso acelerado que la mayoría, hacia Libertad, hacia la nube de humo, superó la zona de sombra y siguió caminando igual cuando entró en la comarca incandescente de un sol que anulaba la distancia *entre las cosas y lo volvía todo ardientemente* blanco, asfixiantemente blanco, como un paño hirviente en la cara. Y de pronto sintió que alguien lo agarraba del brazo.

–¿No me oías? Hace media cuadra que te estaba gritando. ¿Adónde vas? -dijo Valentina. Estaba sin aliento y con los ojos dilatados; casi no era ella, en esa luz inclemente.

Iván señaló con el brazo en la dirección hacia donde estaba caminando.

–¿Me querés decir que no sabés lo que pasó? –dijo ella, y se le plantó delante para detenerlo–. ¿No oíste la explosión?

Sí, dijo él, creo que sí, y la hizo a un lado y siguió caminando, más rápido ahora, casi corriendo. Porque en el momento en que estuvo quieto, con Valentina delante, sintió que, de quedarse un segundo más así, frente a la *mirada desorbitada de ella y a la palpitación* candente de las cosas a su alrededor, ya no podría moverse, en ninguna dirección. O porque creyó haber oído a alguien gritándole en el oído al pasar a su lado: "¡Voluntarios!", o algo similar.

La plaza era un caos: policías, bomberos, ambulancias, cámaras de televisión, pero nadie lo detuvo cuando dejó atrás a Valentina; nadie parecía reparar en quién tenía al lado. Llegó a los primeros escombros y siguió avanzando entre nubes de polvo, todavía prisionero de esa reverberación interior, hasta que alguien le sacudió el hombro y le pidió ayuda para remover un enorme bloque de hormigón.

No supo cuánto tiempo estuvo así. Cuando oía gritos o gemidos, o cualquier señal humana entre los escombros, retrocedía hasta que *alguien ocupaba su lugar y recomenzaba a es*carbar en otro lado, trastabillando, tosiendo, tratando de respirar otra cosa que polvo y aire caliente. Sólo tenía conciencia de la pulsación ensordecedora en sus sienes, y quizá por eso tardó en reaccionar cuando un policía tiró brutalmente de su camisa y le ladró, con la cara a centímetros de la suya: "¡Atrás de la valla, carajo! ¡Todos los civiles atrás de la valla!". Tropezó con una camilla vacía y cayó al piso. Dos personas lo agarraron de los brazos y lo arrastraron varios metros hacia atrás. Cuando comprobaron que estaba sano, lo dejaron tirado en la calle y volvieron a la montaña de escombros. Iván se levantó solo, miró a su alrededor y retrocedió entre empujones hasta el medio de la plaza. Ahí se apoyó contra un árbol y una arcada de vómito lo dobló en dos.

*Había algo más nocivo y denso que ese lí*quido viscoso que salía convulsivamente de su boca; no sólo estaba expulsando el contenido de su estómago: era como si su cuerpo entero estuviera vaciándose de aquella sustancia electrificada. Cuando se incorporó, con las piernas temblorosas, los ojos ardiendo y una sequedad acre desde el estómago hasta los conductos nasales, necesitó respirar en bocanadas interminables hasta tener aunque fuese aire adentro. Con las piernas abiertas y las manos apoyadas en el tronco del árbol, respiró y respiró. Y fue notando muy de a poco que había algo más denso y sólido en su interior; pero tan bienvenido e inofensivo como aire.

Ya no oía su respiración; no oía la tensión de sus piernas tiesas; no oía el vacío en su estómago ni el movimiento de sus párpados, abriéndose y cerrándose hasta que los ojos se adaptaron al ardor blanco de afuera. No oía tampoco nada de lo que sucedía a su alrededor. Como si, por encima de la tierra que pisaba, existiese el mismo silencio que debajo: primigenio, inmutable. En ese silencio tomó *conciencia, muy lentamente, de que estaba* fuera del departamento.

El sol ya no se veía detrás de los edificios de Talcahuano, pero el calor no había disminuido nada. Mientras caminaba por el pasto terroso hacia allá Iván descubrió, sin la menor alteración en su estado de ánimo, que no sólo no tenía manera de volver a entrar, sin llave; tampoco sabía la dirección exacta del departamento, ni se acordaba del aspecto exterior de aquel edificio al que había entrado una sola vez, dos meses antes. Miró las ventanas del último piso de todos los edificios de la cuadra, descartó los más antiguos y buscó, entre los más altos, un último piso sin balcones y con todas las persianas bajas. Había uno solo con esas características, aunque parecía mucho más angosto visto de afuera que viviendo en él.

Antes de entrar en aquel edificio, giró y miró por última vez en dirección al tumulto, al otro lado de la plaza, donde estaba el edificio desmoronado de la sinagoga: seguían llegando ambulancias y patrulleros, seguía acumulándose gente; lo que había sucedido conti*nuaba sucediendo sin parar. Eso era el mun*do, supo de pronto, sordamente.

Ignoró a los curiosos de la entrada de su edificio y siguió de largo al pasar frente al ascensor principal. Se tomó su tiempo para llegar hasta arriba, escalón por escalón; en mitad del trayecto apoyó la frente contra el pasamanos de hierro de la escalera y esperó hasta que el frío del metal se entibió contra su piel. Sentía el cuerpo entumecido y blando, incluso la costra de sangre sucia de sus dedos, y un resto de náusea terrosa disipándo*se contra el techo del paladar.*

Sólo al llegar al palier desierto del último piso se permitió imaginar lo que se había vedado mentalmente a sí mismo mientras subía: que encontraría a Valentina allí arriba, sentada en la alfombra del palier, con la cabeza apoyada contra la puerta del departamento, los ojos cerrados y el pelo en la cara.

Mientras seguía su ascenso por las escaleras, rumbo a la azotea ahora, se dejó invadir por la escena hasta entonces vedada: sin decir una palabra, él se agachaba junto a ella y la despertaba acariciándole la cara. Ella abría los ojos y decía: "Dónde estabas; adónde fuiste", alejando la cara de la mano de él. El le apartaba el pelo de la cara y la obligaba suavemente a mirarlo de nuevo. Ella murmuraba: "Me hubiera ido. A cualquier parte. Pero estaba todo tan lleno de gente. No sabía qué *hacer allá abajo. Ni siquiera me acordaba* adónde dejé el auto". Shh, le decía Iván, sin tocarle los labios, hasta que ella misma apoyaba su boca en la mano de él y cerraba los ojos. Y cuando a él empezaban a dolerle las rodillas de estar tanto tiempo flexionado en esa posición, le decía: "Es inútil quedarnos acá. No tengo llave", mientras la ayudaba a levantarse. Ella abría los ojos de nuevo. "A la calle no. A la calle no", repetía, mientras él la guiaba de la mano hacia arriba por la escalera, como si Valentina no le ofreciera resistencia.

No había nadie en la azotea, ningún curioso apuntando morbosamente sus largavistas hacia los escombros a menos de cien metros de allí. La terraza tenía dos niveles: en el primero había una pileta, pero Iván siguió subiendo, llevando aún de la mano a Valentina, mentalmente. Ni uno ni el otro se asomaba a mirar, cuando llegaban arriba; cada uno por sus propias razones; pero no hablaban de eso. Valentina se sentaba contra una saliente, recubierta, como el piso, con una membrana plateada con juntas de alquitrán, de cara al sol, dando la espalda al lugar de la explosión, y él iba a sentarse con ella después de beber un poco de agua y refrescarse la cara en una canilla que había junto a la escalera de metal. Ahí se quedaban, contemplando en silencio el viraje del amarillento al rojo y del rojo al púrpura en el cielo del atardecer.

Cuando el cielo quedó completamente a oscuras y hacía rato que Iván había abandonado a Valentina y toda otra actividad fluida de su mente, descubrió de pronto, en el paisaje desolado de las demás azoteas, que ya nadie dejaba la ropa a secar allá arriba. Se acordó entonces de la aprensión que le daba, cuando era chico, el blanco de la ropa contra la mugre y el hollín. Y, casi inmediatamente, estalló en su cabeza algo que había hecho en aquella época.

Algo furtivo y sin explicación, que en su *momento creyó que se desvanecería tal co*mo se había extinguido el impulso que lo llevó a hacerlo. Y que, para su sorpresa y su ignominia, no se desvaneció en absoluto. Siguió estando allí, toda la noche y gran parte de la mañana siguiente, dieciocho horas enteras; y sólo entonces adoptó su entera y gratuita maldad, cuando Iván oyó cómo lo describía otra persona: una de las agraviadas por aquel acto miserable y caprichoso. Tenía que ser un sábado, porque él estaba de pie al lado de su madre esperando el ascensor, y era a media mañana, tenía que ser a la fuerza un sábado a la mañana. Se toparon con la vecina, una señora tan anónimamente distinguida como su madre, que sin el menor preámbulo les confesó su lamento ante algo que había ocurrido la tarde anterior. Que su madre escuchó con enorme vergüenza, lo notara o no la vecina: vergüenza ante el anonimato cobarde y gratuito de aquella humillación, ante la desolada resignación del relato. Sí, él podía dar fe, él conocía esa expresión de su madre: esa vergüenza abrumadora debajo de su invencible ecuanimidad. Y, en todo momento mien*tras su madre oía a la vecina y él estaba silen*ciosamente parado junto a ellas, los tres esperando el ascensor para bajar, él había pensado: *"Yo lo hice. Yo fui"*.

Una estrella de David, dibujada con una birome, hasta saltar la pintura, en la puerta de servicio de sus vecinos. El era el culpable. Aunque no pudiera, aunque no supiera explicar por qué. Quizá por la sencilla razón de que había llegado al departamento desde el colegio y no había nadie: nadie para abrirle la puerta y servirle el té, nadie para contestar sus furibundos timbrazos y dejarlo entrar en su propia casa, nadie para recoger su portafolios y el saco del colegio que él dejaría tirado en su camino hacia el televisor, nadie para permitirle continuar hipnóticamente su rutina cotidiana.

¿Cuánto tiempo había estado esperando: quince minutos? A lo sumo quince minutos. Hasta que la mucama llegó del supermercado y por fin le abrió. Lo suficiente, sin embargo, para ir hasta el palier de servicio, sacar una birome de su portafolios, repetir una y otra vez esos trazos hasta hacer saltar la pintura, y volver inocentemente a la puerta principal del departamento a seguir esperando y tocando el timbre de su propia casa. La primera infamia absolutamente propia, absolutamente gratuita y absolutamente sin castigo, de la que tenía recuerdo.

*Iván abrió los ojos y miró el agua de la pi*leta a sus pies, en el nivel inferior de la terraza, el agua quieta y aceitosa y con reflejos brillantes en la oscuridad. Pensó en Valentina nuevamente. Pensó en un mundo paralelo, donde él y ella eran versiones menos imperfectas e infames e insípidas de sí mismos: un mundo paralelo donde todo ese día ocurría de manera enteramente distinta. Un día tan rutinario como cualquiera, donde él se dejaba llevar por ella hasta ahí arriba, sí, pero al final de una tarde pacífica, perfecta. Y pisaban por primera vez esa terraza juntos. Y miraban ese cielo escaso de estrellas juntos. Y él tenía la cándida certeza de que, a partir de entonces, podría volver a pisar la calle, y caminar al aire libre y mirar las caras de la gente, un día y otro y otro, sin pensar en eso como un suplicio, sin sentir en el fondo de su corazón lo que sentía en ese momento: que sería capaz de hacerlo en el futuro, que ya lo había hecho y volvería a hacerlo, sí; pero en el despiadado mundo real. Y porque había purgado, a solas y de una manera horrorosamente insuficiente, una lejana infamia infantil.

Para ahuyentar las *imágenes de esa tarde*, se concentró en Valentina; trató de ir hasta el fondo de esa angosta calle que se abría en su cabeza y llevaba el nombre de ella. Pensó en la ausencia casi absoluta de intereses en común; pensó en lo poco que sabía ella acerca de él y en la opacidad inescrutable de lo que sabía él de la vida de ella; pensó en la entrega y la pasividad simultánea de Valentina, cuando hablaba, y cuando no hablaba, cuando la tuvo desnuda a su lado por única vez, cuando la desvistió, no sólo de la ropa que llevaba puesta sino de todo aquello que parecía envolverla en las mil imágenes superpuestas que él tenía de ella, que él descubrió que tenía de ella cuando la tuvo por única vez en sus brazos. La disponibilidad y, al mismo tiempo, la falta de toda respuesta corporal de Valentina al cuerpo de él, la confesión posterior de que le había gustado, sin embargo, y de que nunca había llegado más lejos que eso, salvo unas pocas veces, con su marido.

Entonces, de golpe, entendió.

Con la pureza fortuita de cierta clase de descubrimientos, entendió de golpe que, en ese *olímpico desdén de Valentina por todo lo que* no fuera ella, estaba incluido un elemento adicional, inesperadamente generoso, inesperadamente liberador.

Como el sabor de una fruta exótica probada una única vez; como una cama ajena donde uno se deja caer cierta noche vencido por el agotamiento; como una canción oída al pasar en la radio, como tantas cosas remotas que después uno recuerda apenas, pero ya no puede describir, y a veces ni siquiera identificar. Así entendió que Valentina podía ser para él lo mismo que él había sido para ella: algo pasajero en el sentido más cabal del término. Algo que se evaporaba, que ya se estaba evaporando quizá, en la memoria de uno y otro, sin dejar mayores rastros.

Cuando bajó, una hora más tarde, había vuelto a refrescarse la cara y las manos, esta vez en el agua inmóvil de la pileta, y se sentía relativamente capaz de enfrentar las preguntas que le hiciera Manú.

Pero al llegar al palier vio que la puerta del departamento estaba abierta y que varias de las cajas de cartón con las pertenencias de Manú estaban acumuladas ahí afuera.

–¿Se puede saber qué pasa? –dijo, al entrar y encontrarse con un desconocido maniobrando de rodillas con la cerradura de la puerta.

–¿Vos sos Pujol? –le preguntó otro intruso, tan corpulento como el que estaba arrodillado frente a la puerta, que apareció por el pasillo cargando el monitor de la computadora.

Iván asintió con la cabeza y el de la cerradura le dijo, sin desviar los ojos de su tarea, que mejor que buscara un nuevo lugar donde vivir, a partir de ese momento. Iván preguntó con qué derecho habían entrado. El que sostenía el monitor lo hizo a un lado de un empujón y depositó su carga junto a las cajas del palier. Cuando volvió a entrar en el departamento agarró a Iván de la camisa y le dijo que, si no quería problemas, los dejara terminar su trabajo en paz.

–¿Qué es esto? ¿Están locos?

El que estaba lidiando con la cerradura ni se dignó a contestar. Le dijo a su compañero: "Hacete cargo, que yo ya termino", y siguió con su tarea. El otro dobló a Iván en dos de una trompada en el estómago, le levantó la cabeza de los pelos y volvió a golpearlo, esta vez *con un frentazo brutal, en la nariz.*

Iván dio contra la pared y se deslizó al piso con las manos todavía contra el vientre. Sangrando por la nariz y todavía sin aire por el golpe en el estómago, oyó que el de la puerta decía: "Ya está" y le preguntaba a su compañero si quedaba algo más por sacar. "A éste, solamente", contestó el otro, e Iván sintió que lo arrastraban al palier, cerraban la puerta y echaban llave.

Mientras uno llamaba el ascensor el otro se acercó y dijo, en un tono parsimonioso:

–Oíme bien, pibe. Nosotros queríamos hacer un trabajo civilizado y sin problemas. No compliques más las cosas. Llevate estas cajas de acá antes de mañana y todos en paz. ¿Está claro? –y le levantó la mandíbula con los dedos.

Iván cerró los ojos, porque la luz lo lastimaba o porque creía que iban a pegarle otra vez.

–No es nada; no te calentés. Quedate boca arriba hasta que pare de sangrar. Después vas a cualquier guardia de hospital y te dejan como nuevo en dos minutos. Pero primero –agregó, después de limpiarse la sangre en la camisa de Iván y antes de incorporarse–, te *llevás todo esto.*

Iván oyó el ruido de la puerta del ascensor y supo que lo habían dejado solo. Cuando pudo abandonar la posición fetal se acostó boca arriba, muy despacio, se palpó con dos dedos la inflamación ya considerable de la nariz y trató de secarse la sangre con los faldones de la camisa. Pero le dolía tanto tironear de la camisa como tocarse la cara, así que se resignó a esperar en esa posición a que amainara el dolor, respirando por la boca con los ojos cerrados, al ritmo de las palpitaciones en su tabique nasal, y riendo silenciosamente, a pesar de su estado maltrecho.

Porque se estaba riendo, a pesar de todo. Tendría que aprender de a poco, tendría que rastrear de a poco qué había pasado en su organismo en todos esos años con aquel reflejo tan extraño y abrupto, tan fortuito y absolutorio. Tendría que encontrar una vía más fluida de circulación para esa sustancia que, al resto del mundo, le irrumpía en los momentos más inesperados y era sin embargo un fenómeno tan común y corriente.

No oyó a Manú salir del ascensor. No lo oyó *hasta que lo tuvo a su lado*, preguntándole dónde se había metido toda la tarde y qué hacían todas esas cajas en el palier.

–Te llamé; te estuve buscando por todos lados. ¿Qué hiciste, me querés decir? Estás lleno de sangre. Esperá que abra, primero. ¿No sabés lo que pasó?

–Cambiaron la cerradura –dijo Iván desde el piso.

Manú miró su llavero y volvió a mirar las cajas. No hizo falta nada más. Después de ir y venir varias veces por el palier repitiendo que no lo podía creer, que por eso estaban sin luz y sin gas, haciendo tintinear las inútiles llaves en la mano entretanto, se agachó junto a Iván y le preguntó si podía levantarse. Sin esperar respuesta, le estiró un brazo, se lo pasó por encima de su cuello y se incorporó con su primo a cuestas. Cuando Iván estuvo de pie, Manú le desprendió la camisa, lo ayudó a sacársela, rebuscó en las cajas de cartón hasta encontrar otra y se la puso a su primo como si vistiera a un maniquí, mientras Iván se frotaba torpemente la cara con la camisa ensangrentada.

–¿Te podés mantener en pie? Dejáte la cara que te la vas a poner peor; y oíme: vamos a tener que salir.

–Las cajas –dijo Iván.

–Después las busco; es lo de menos. Primero tengo que llevarte a que te curen. ¿Y te podés dejar de reír, por favor?

Eso fue lo que Iván creía haber oído. Pero quizás estuviera más atontado de lo que pensaba porque, después de caminar varias cuadras entre el tumulto de gente, hasta encontrar un taxi y bajarse de él un rato más tarde; después de entrar y salir de otro ascensor y caminar por un pasillo a oscuras, el lugar donde lo depositó Manú no era una guardia de hospital, ni un consultorio, ni una enfermería. Había una ventana, una enorme planta seca, una lámina enmarcada con la foto de una pirámide de cristal, un escritorio de fórmica con una computadora a un costado y una lám*para encendida, la única luz de toda la habi*tación. Iván estaba sentado en un sillón giratorio y Manú estaba sentado enfrente en otro igual, con una caja de primeros auxilios abierta sobre sus rodillas.

–Es lo único que encontré. Después traigo hielo; en algún lugar de esta revista debe haber una heladera, estoy seguro –dijo Manú, y empezó a pasar una gasa embebida en agua oxigenada por la cara manchada de sangre de su primo.

–¿Está quebrada? –dijo Iván.

–Difícil decir, con esa hinchazón. ¿Arde? –pero no esperó la respuesta. Dijo, en voz baja: –Me parece que viene alguien –y depositó la gasa en la mano de Iván. Varios minutos después de salir y cerrar la puerta, volvió a entrar en su cubículo, detrás de Bahiana. Iván oyó las voces por el pasillo antes de que abrieran la puerta, pero cerró los ojos y siguió sosteniendo el bollo de gasa contra su nariz hasta que Bahiana dijo: "A ver cómo está", y le apartó con suavidad la mano de la cara.

–Esto va a doler un poco –dijo ella y le apo*yó dos dedos a los costados del tabique. Iván* echó la cara hacia atrás y soltó un gemido gutural, pero los dedos de Bahiana siguieron atenazándolo hasta que se oyó un crujido. –Ya está. Perdón, pero había que acomodarlo ahora, o hubiese sido peor.

Iván abrió los ojos. Bahiana le sonrió, mientras seguía secándole las lágrimas y limpiándole la sangre seca de la cara. Con la misma metódica delicadeza dijo:

–Te vamos a llevar a mi casa, que queda muy cerca. Allá tengo antiinflamatorios y una bolsa de hielo, y vas a poder acostarte y estar más cómodo que acá. Así; muy bien; no hables, pero no te duermas todavía que ya termino.

Después de la cara le limpió las manos, dedo por dedo, deteniéndose cada vez que él las sacudía a causa del dolor, y en determinado momento le preguntó a Manú: –Qué le pasó en las manos, por el amor de Dios. Y por qué sonríe así. Esta ciudad se está volviendo loca. Y nos va a volver locos a todos.

El departamento estaba en un edificio viejo de cuatro pisos, donde Bahiana había vivi*do con su tía antes de que la secuestraran y* adonde se instaló nuevamente cuando aceptó volver a Buenos Aires a trabajar con Ferradás. Había varios cuartos que daban a un mismo hall de entrada, todos de techos igualmente altos, y quizá por eso –o por los muebles enormes que se acumulaban en cada habitación y la ausencia de buena luz, a pesar de la cantidad de lámparas de pie y de mesa que Bahiana fue encendiendo a su paso– a Iván le parecieron tan minúsculos.

Después de acostarlo en un diván, ella trajo un par de píldoras y un vaso con agua, mientras Manú se encargaba de preparar la bolsa de hielo en la cocina. Bahiana no quedó del todo conforme con la primera limpieza que le había hecho a Iván en la revista, así que se instaló a su lado con una palangana y volvió a frotarle la cara y las manos con un paño embebido en agua tibia y desinfectante, antes de dejarlo sumergirse en el sopor de los antiinflamatorios, con la bolsa de hielo contra la cara.

Ni Bahiana ni Manú durmieron en toda la noche. Primero se encargaron de transportar en un taxi las cajas que habían quedado en Talcahuano, y de depositarlas en el hall de entrada de la casa de Bahiana; después se sentaron a conversar en la cocina, Manú fumando y bebiendo vaso tras vaso de una botella de cachaça que ella sacó de un armario. Bahiana limitándose a terminar ella sola una jarra entera de café.

Con las luces del amanecer Manú empezó a exhibir los primeros temblores, fuera a causa de la cachaça o de todo lo que había confesado a Bahiana -la desintoxicación en Ascochinga; el principio, apogeo y final con Myriam, las pastillas que dejó de tomar al instalarse en Talcahuano; las visitas de Valentina al departamento; el verdadero origen de la carta de Elderian-; y escuchó mansamente los consejos de ella: llevarse a Iván con él a Uruguay; tratar de todas maneras de encontrar al armenio; pero no volver, con la nota o sin ella, *a Buenos Aires, sino ir a ver a un amigo y co*lega de ella en Montevideo y ofrecerle trabajar para él, con la nota de Elderian o sin ella, en el modesto diario uruguayo donde él hacía la revista dominical. Cuando Manú la miró interrogativamente Bahiana le dijo:

–Quizá me equivoque; pero lo mejor es que no vuelvas a Buenos Aires. Por un tiempo, al menos. No me preguntes por qué. Pero no vuelvas.

Y, cuando ella reparó en los primeros temblores de Manú, una o dos horas después, apoyó sus manos sobre las de él, las presionó contra la mesa, se levantó sin soltárselas y lo llevó con ella a su dormitorio.

Al día siguiente, cuando vi a Iván por primera vez, tenía la cara tan hinchada que no podía abrir del todo los ojos, y una horrorosa mancha violácea en forma de mariposa debajo de ambos pómulos y sobre el protuberante puente de su nariz. Sin embargo, exhibía una semisonrisa permanente en la cara. Yo venía de cobrar en el Banco el cheque para las expensas de Manú, y de comprar el pasaje adicional para que Iván viajara con su *primo al Uruguay, tal como me había pedido* Bahiana por teléfono. La ciudad entera parecía en carne viva; podía reaccionar al menor estímulo de la manera más imprevisible. Fue un alivio llegar al departamento finalmente.

Estaban los tres ahí cuando llegué: Manú sentado frente al diván donde su primo acababa de despertarse, Bahiana preparando algo de comer para los tres en la cocina. En el hall de entrada se amontonaban varias cajas de cartón mal cerradas, donde alcancé a ver ropa y un teclado de computadora.

Todavía ignoraba, como todos los demás en la redacción salvo Manú, que Bahiana seguía yendo furtivamente a la revista de noche –a pesar de su licencia, a pesar de su discusión con Ferradás–. Primero controlaba que el auto del Gordo no estuviera en el garaje del edificio y después subía. Era más fuerte que ella: hasta que no decidiera que su ida de *Data* era definitiva, iba puntualmente a la redacción a verificar que las cosas no se desbarrancaran, y disimulaba después sus pequeñas y anónimas colaboraciones para que nadie sospechara.

El vuelo a Punta del Este salía a las cinco de la tarde, pero Bahiana me despachó enseguida de su departamento y se quedó a solas con los dos, tal como se quedaba cada noche en la revista, hasta que Manú e Iván partieron rumbo a Aeroparque.

Esa *noche, mientras comía* solo en la cocina de la casa de Palermo Chico y veía por televisión el caótico rescate de las últimas víctimas entre los escombros de la sinagoga, me imaginé de pronto a Ferradás enclaustrado en su oficina de la revista, y a Valentina en Tortugas, y a Bahiana en su departamento, y a Consuelo en el aeropuerto de Nueva York, cada uno en una mesa solitaria, a salvo, comiendo sin ganas, pensando tal vez en la soledad arrasada de los menos afortunados que ellos. Y no supe si esa dispersión geográfica nos protegía o nos hacía más vulnerables al destino común o individual que acechaba a todos los habitantes de una ciudad tan enloquecida como la nuestra. ■

Fragmentos de Frivolidad, de Juan Forn (Planeta, 1995)



La luz blanca del mundo allá afuera

Por Juan Forn

departamento estaba abierta y que varias de las cajas de cartón con las pertenencias de Manú estaban acumuladas ahí afuera.

–¿Se puede saber qué pasa? –dijo, al entrar y encontrarse con un desconocido maniobrando de rodillas con la cerradura de la puerta.

–¿Vos sos Pujol? –le preguntó otro intruso, tan corpulento como el que estaba arrodillado frente a la puerta, que apareció por el pasillo cargando el monitor de la computadora.

Iván asintió con la cabeza y el de la cerradura le dijo, sin desviar los ojos de su tarea, que mejor que buscara un nuevo lugar donde vivir, a partir de ese momento. Iván preguntó con qué derecho habían entrado. El que sostenía el monitor lo hizo a un lado de un empujón y depositó su carga junto a las cajas del palier. Cuando volvió a entrar en el departamento agarró a Iván de la camisa y le dijo que, si no quería problemas, los dejara terminar su trabajo en paz.

–¿Qué es esto? ¿Están locos?

El que estaba lidiando con la cerradura ni se dignó a contestar. Le dijo a su compañero: "Hacete cargo, que yo ya termino", y siguió con su tarea. El otro dobló a Iván en dos de una trompada en el estómago, le levantó la cabeza de los pelos y volvió a golpearlo, esta vez con un frentazo brutal, en la nariz.

Iván dio contra la pared y se deslizó al piso con las manos todavía contra el vientre. Sangrando por la nariz y todavía sin aire por el golpe en el estómago, oyó que el de la puerta decía: "Ya está" y le preguntaba a su compañero si quedaba algo más por sacar. "A éste, solamente", contestó el otro, e Iván sintió que lo arrastraban al palier, cerraban la puerta y echaban llave.

Mientras uno llamaba el ascensor el otro se acercó y dijo, en un tono parsimonioso:

–Oíme bien, pibe. Nosotros queríamos hacer un trabajo civilizado y sin problemas. No compliques más las cosas. Llevate estas cajas de acá antes de mañana y todos en paz. ¿Está claro? –y le levantó la mandíbula con los dedos.

Iván cerró los ojos, porque la luz lo lastimaba o porque creía que iban a pegarle otra vez.

–No es nada; no te calentés. Quedate boca arriba hasta que pare de sangrar. Después vas a cualquier guardia de hospital y te dejan como nuevo en dos minutos. Pero primero –agregó, después de limpiarse la sangre en la camisa de Iván y antes de incorporarse–, te llevás todo esto.

Iván oyó el ruido de la puerta del ascensor y supo que lo habían dejado solo. Cuando pudo abandonar la posición fetal se acostó boca arriba, muy despacio, se palpó con dos dedos la inflamación ya considerable de la nariz y trató de secarse la sangre con los faldones de la camisa. Pero le dolía tanto tironear de la camisa como tocarse la cara, así que se resignó a esperar en esa posición a que amainara el dolor, respirando por la boca con los ojos cerrados, al ritmo de las palpitaciones en su tabique nasal, y riendo silenciosamente, a pesar de su estado maltrecho.

Porque se estaba riendo, a pesar de todo. Tendría que aprender de a poco, tendría que rastrear de a poco qué había pasado en su organismo en todos esos años con aquel reflejo tan extraño y abrupto, tan fortuito y absolutorio. Tendría que encontrar una vía más fluida de circulación para esa sustancia que, al resto del mundo, le irrumpía en los momentos más inesperados y era sin embargo un fenómeno tan común y corriente.

No oyó a Manú salir del ascensor. No lo oyó hasta que lo tuvo a su lado, preguntándole dónde se había metido toda la tarde y qué hacían todas esas cajas en el palier.

–Te llamé; te estuve buscando por todos lados. ¿Qué hiciste, me querés decir? Estás lleno de sangre. Esperá que abra, primero. ¿No sabés lo que pasó?

–Cambiaron la cerradura –dijo Iván desde el piso.

Manú miró su llavero y volvió a mirar las cajas. No hizo falta nada más. Después de ir y venir varias veces por el palier repitiendo que no lo podía creer, que por eso estaban sin luz y sin gas, haciendo tintinear las inútiles llaves en la mano entretanto, se agachó junto a Iván y le preguntó si podía levantarse. Sin esperar respuesta, le estiró un brazo, se lo pasó por encima de su cuello y se incorporó con su primo a cuestas. Cuando Iván estuvo de pie, Manú le desprendió la camisa, lo ayudó a sacársela, rebuscó en las cajas de cartón hasta encontrar otra y se la puso a su primo como si vistiera a un maniquí, mientras Iván se frotaba torpemente la cara con la camisa ensangrentada.

–¿Te podés mantener en pie? Dejáte la cara que te la vas a poner peor; y oíme: vamos a tener que salir.

–Las cajas –dijo Iván.

–Después las busco; es lo de menos. Primero tengo que llevarte a que te curen. ¿Y te podés dejar de reír, por favor?

Eso fue lo que Iván creía haber oído. Pero quizás estuviera más atontado de lo que pensaba porque, después de caminar varias cuadras entre el tumulto de gente, hasta encontrar un taxi y bajarse de él un rato más tarde; después de entrar y salir de otro ascensor y caminar por un pasillo a oscuras, el lugar donde lo depositó Manú no era una guardia de hospital, ni un consultorio, ni una enfermería. Había una ventana, una enorme planta seca, una lámina enmarcada con la foto de una pirámide de cristal, un escritorio de fórmica con una computadora a un costado y una lámpara encendida, la única luz de toda la habitación. Iván estaba sentado en un sillón giratorio y Manú estaba sentado enfrente en otro igual, con una caja de primeros auxilios abierta sobre sus rodillas.

–Es lo único que encontré. Después traigo hielo; en algún lugar de esta revista debe haber una heladera, estoy seguro –dijo Manú, y empezó a pasar una gasa embebida en agua oxigenada por la cara manchada de sangre de su primo.

–¿Está quebrada? –dijo Iván.

–Difícil decir, con esa hinchazón. ¿Arde? –pero no esperó la respuesta. Dijo, en voz baja: –Me parece que viene alguien –y depositó la gasa en la mano de Iván. Varios minutos después de salir y cerrar la puerta, volvió a entrar en su cubículo, detrás de Bahiana. Iván oyó las voces por el pasillo antes de que abrieran la puerta, pero cerró los ojos y siguió sosteniendo el bollo de gasa contra su nariz hasta que Bahiana dijo: "A ver cómo está", y le apartó con suavidad la mano de la cara.

–Esto va a doler un poco –dijo ella y le apoyó dos dedos a los costados del tabique. Iván echó la cara hacia atrás y soltó un gemido gutural, pero los dedos de Bahiana siguieron atenazándolo hasta que se oyó un crujido. –Ya está. Perdón, pero había que acomodarlo ahora, o hubiese sido peor.

Iván abrió los ojos. Bahiana le sonrió, mientras seguía secándole las lágrimas y limpiándole la sangre seca de la cara. Con la misma metódica delicadeza dijo:

–Te vamos a llevar a mi casa, que queda muy cerca. Allá tengo antiinflamatorios y una bolsa de hielo, y vas a poder acostarte y estar más cómodo que acá. Así; muy bien; no hables, pero no te duermas todavía que ya termino.

Después de la cara le limpió las manos, dedo por dedo, deteniéndose cada vez que él las sacudía a causa del dolor, y en determinado momento le preguntó a Manú: –Qué le pasó en las manos, por el amor de Dios. Y por qué sonríe así. Esta ciudad se está volviendo loca. Y nos va a volver locos a todos.

El departamento estaba en un edificio viejo de cuatro pisos, donde Bahiana había vivido con su tía antes de que la secuestraran y adonde se instaló nuevamente cuando aceptó volver a Buenos Aires a trabajar con Ferradás. Había varios cuartos que daban a un mismo hall de entrada, todos de techos igualmente altos, y quizá por eso –o por los muebles enormes que se acumulaban en cada habitación y la ausencia de buena luz, a pesar de la cantidad de lámparas de pie y de mesa que Bahiana fue encendiendo a su paso– a Iván le parecieron tan minúsculos.

Después de acostarlo en un diván, ella trajo un par de píldoras y un vaso con agua, mientras Manú se encargaba de preparar la bolsa de hielo en la cocina. Bahiana no quedó del todo conforme con la primera limpieza que le había hecho a Iván en la revista, así que se instaló a su lado con una palangana y volvió a frotarle la cara y las manos con un paño embebido en agua tibia y desinfectante, antes de dejarlo sumergirse en el sopor de los antiinflamatorios, con la bolsa de hielo contra la cara.

Ni Bahiana ni Manú durmieron en toda la noche. Primero se encargaron de transportar en un taxi las cajas que habían quedado en Talcahuano, y de depositarlas en el hall de entrada de la casa de Bahiana; después se sentaron a conversar en la cocina, Manú fumando y bebiendo vaso tras vaso de una botella de cachaça que ella sacó de un armario. Bahiana limitándose a terminar ella sola una jarra entera de café.

Con las luces del amanecer Manú empezó a exhibir los primeros temblores, fuera a causa de la cachaça o de todo lo que había confesado a Bahiana -la desintoxicación en Ascochinga; el principio, apogeo y final con Myriam, las pastillas que dejó de tomar al instalarse en Talcahuano; las visitas de Valentina al departamento; el verdadero origen de la carta de Elderian-; y escuchó mansamente los consejos de ella: llevarse a Iván con él a Uruguay; tratar de todas maneras de encontrar al armenio; pero no volver, con la nota o sin ella, a Buenos Aires, sino ir a ver a un amigo y colega de ella en Montevideo y ofrecerle trabajar para él, con la nota de Elderian o sin ella, en el modesto diario uruguayo donde él hacía la revista dominical. Cuando Manú la miró interrogativamente Bahiana le dijo:

–Quizá me equivoque; pero lo mejor es que no vuelvas a Buenos Aires. Por un tiempo, al menos. No me preguntes por qué. Pero no vuelvas.

Y, cuando ella reparó en los primeros temblores de Manú, una o dos horas después, apoyó sus manos sobre las de él, las presionó contra la mesa, se levantó sin soltárselas y lo llevó con ella a su dormitorio.

Al día siguiente, cuando vi a Iván por primera vez, tenía la cara tan hinchada que no podía abrir del todo los ojos, y una horrorosa mancha violácea en forma de mariposa debajo de ambos pómulos y sobre el protuberante puente de su nariz. Sin embargo, exhibía una semisonrisa permanente en la cara. Yo venía de cobrar en el Banco el cheque para las expensas de Manú, y de comprar el pasaje adicional para que Iván viajara con su primo al Uruguay, tal como me había pedido Bahiana por teléfono. La ciudad entera parecía en carne viva; podía reaccionar al menor estímulo de la manera más imprevisible. Fue un alivio llegar al departamento finalmente.

Estaban los tres ahí cuando llegué: Manú sentado frente al diván donde su primo acababa de despertarse, Bahiana preparando algo de comer para los tres en la cocina. En el hall de entrada se amontonaban varias cajas de cartón mal cerradas, donde alcancé a ver ropa y un teclado de computadora.

Todavía ignoraba, como todos los demás en la redacción salvo Manú, que Bahiana seguía yendo furtivamente a la revista de noche –a pesar de su licencia, a pesar de su discusión con Ferradás–. Primero controlaba que el auto del Gordo no estuviera en el garaje del edificio y después subía. Era más fuerte que ella: hasta que no decidiera que su ida de *Data* era definitiva, iba puntualmente a la redacción a verificar que las cosas no se desbarrancaran, y disimulaba después sus pequeñas y anónimas colaboraciones para que nadie sospechara.

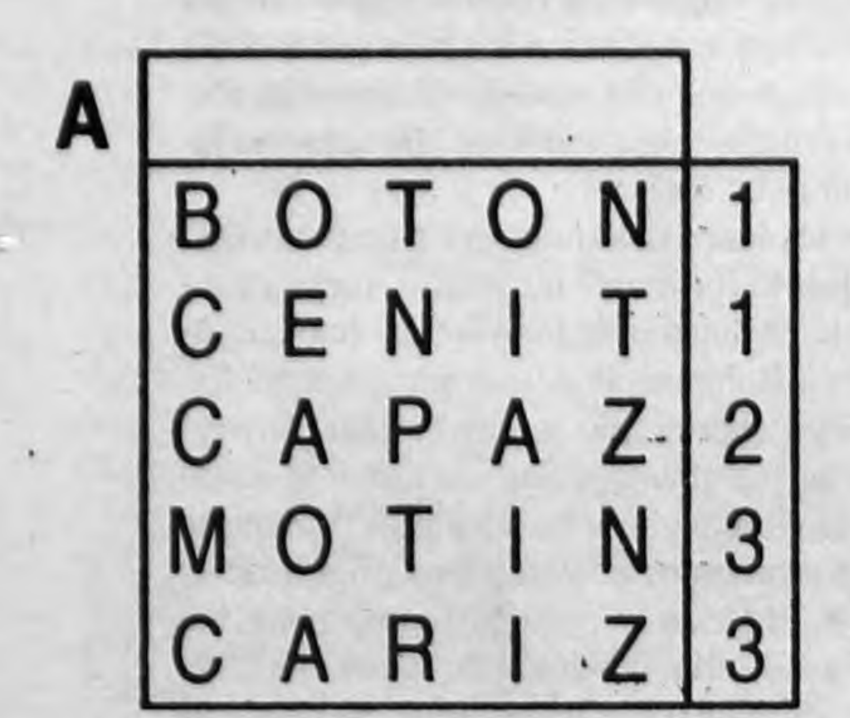
El vuelo a Punta del Este salía a las cinco de la tarde, pero Bahiana me despachó enseguida de su departamento y se quedó a solas con los dos, tal como se quedaba cada noche en la revista, hasta que Manú e Iván partieron rumbo a Aeroparque.

Esa noche, mientras comía solo en la cocina de la casa de Palermo Chico y veía por televisión el caótico rescate de las últimas víctimas entre los escombros de la sinagoga, me imaginé de pronto a Ferradás enclaustrado en su oficina de la revista, y a Valentina en Tortugas, y a Bahiana en su departamento, y a Consuelo en el aeropuerto de Nueva York, cada uno en una mesa solitaria, a salvo, comiendo sin ganas, pensando tal vez en la soledad arrasada de los menos afortunados que ellos. Y no supe si esa dispersión geográfica nos protegía o nos hacía más vulnerables al destino común o individual que acechaba a todos los habitantes de una ciudad tan enloquecida como la nuestra. ■

Palabra oculta

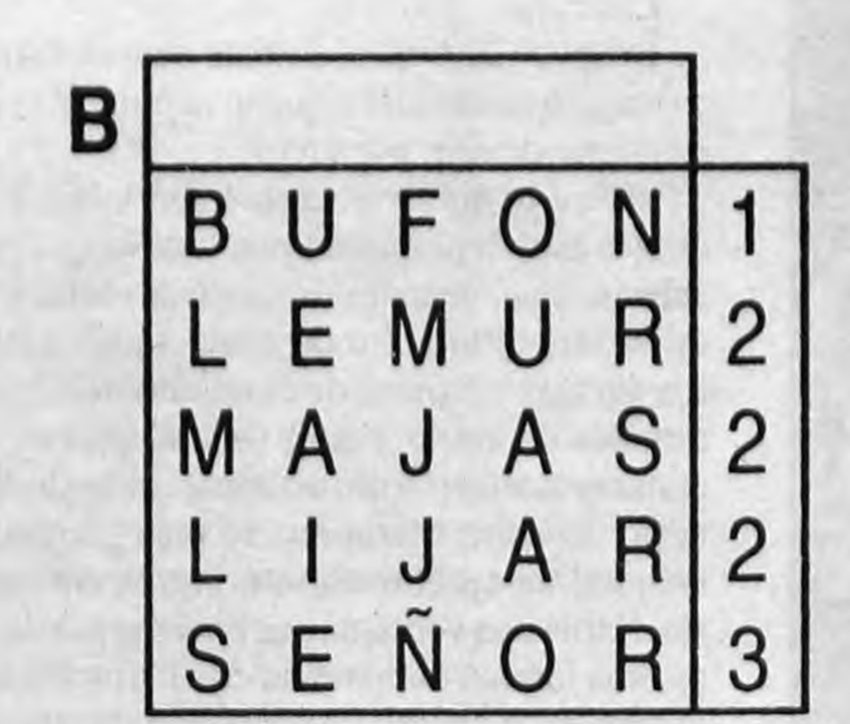
Deduzca la palabra de cinco letras que debe encabezar cada diagrama, a partir de las palabras-pistas que aparecen abajo. Los números indican cuántas letras en común y en la misma posición tiene cada pista con la palabra buscada. (Si hay letras en común, pero en lugar incorrecto, no se tienen en cuenta.) En cada caso, la palabra buscada se forma únicamente con letras que figuran en su correspondiente diagrama. Una vez resueltos los cinco primeros casos, pase las palabras halladas al diagrama F, situándolas en las líneas respectivas, y deduzca finalmente la palabra que debe encabezar ese último diagrama.

A



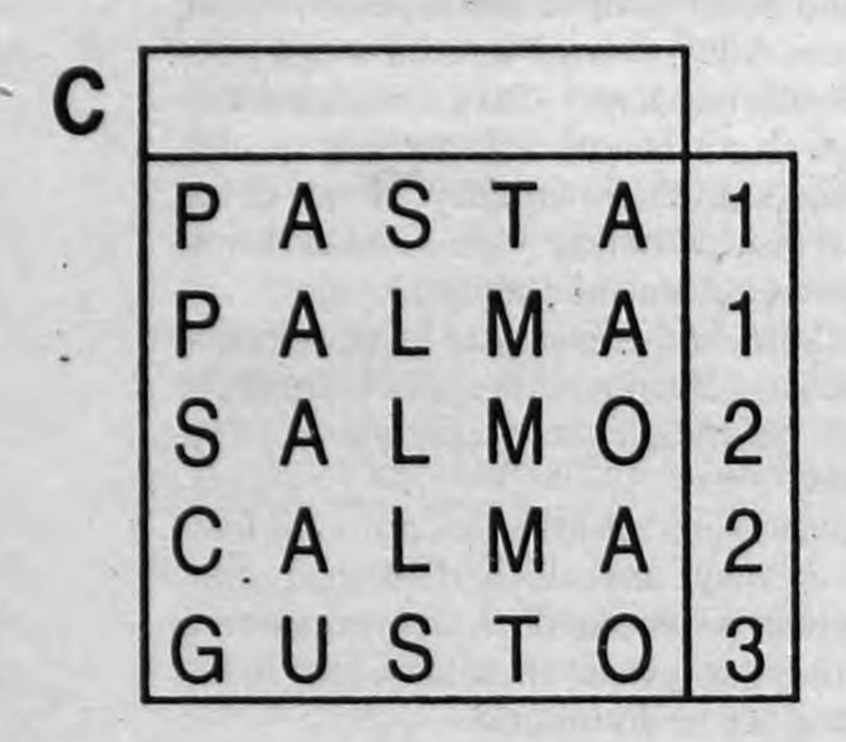
BOTON	1
CENIT	1
CAPAZ	2
MOTIN	3
CARIZ	3

B



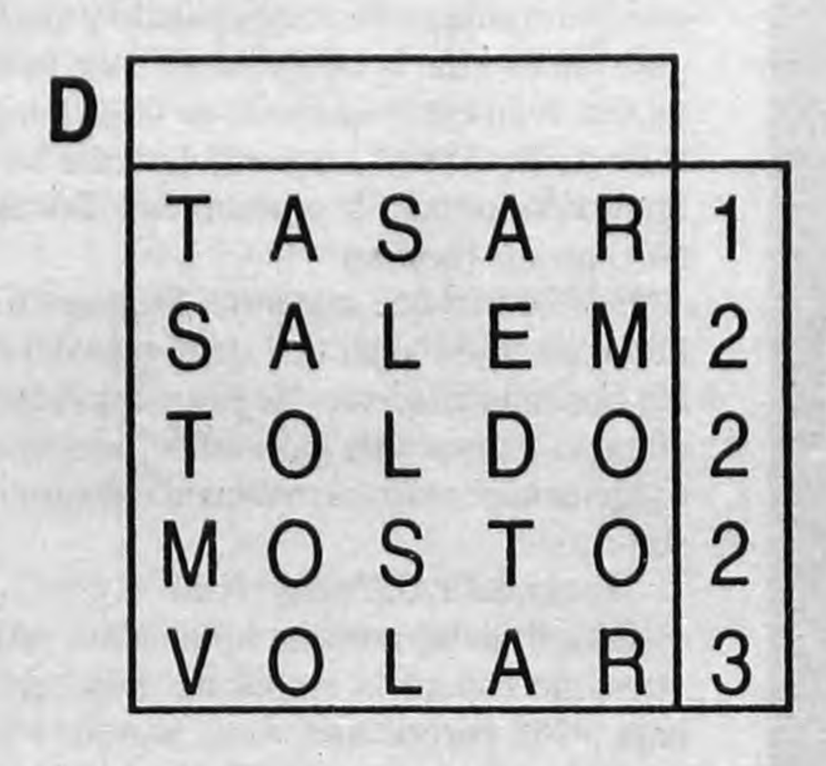
BUFON	1
LEMUR	2
MAJAS	2
LIJAR	2
SEÑOR	3

C



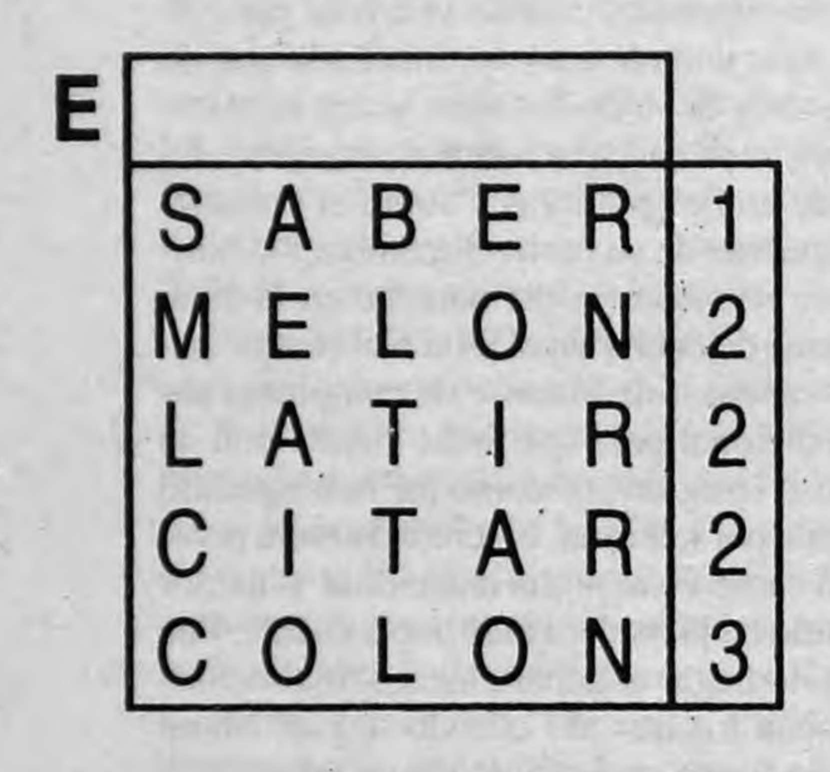
PASTA	1
PALMA	1
SALMO	2
CALMA	2
GUSTO	3

D



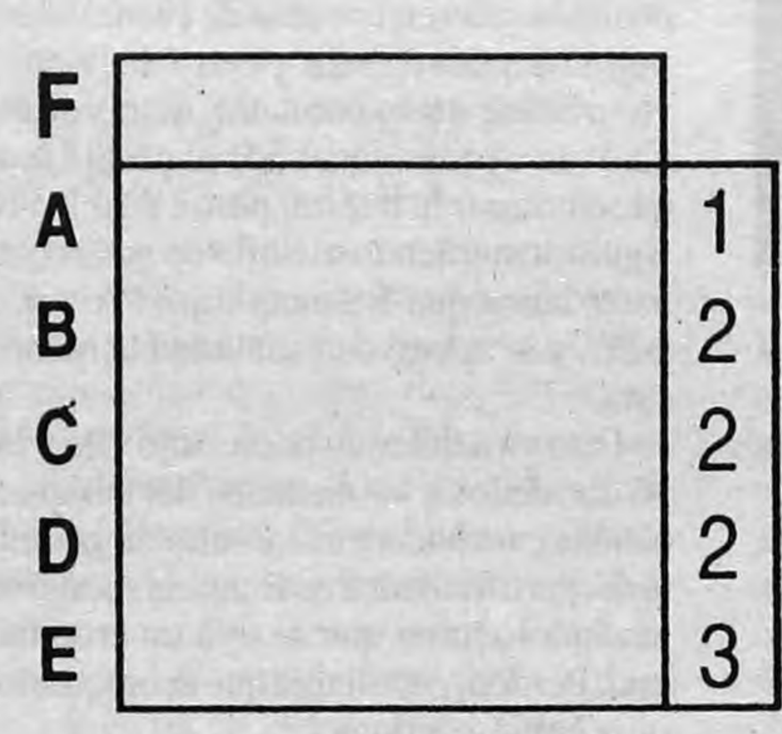
TASAR	1
SALEM	2
TOLDO	2
MOSTO	2
VOLAR	3

E



SABER	1
MELON	2
LATIR	2
CITAR	2
COLON	3

F

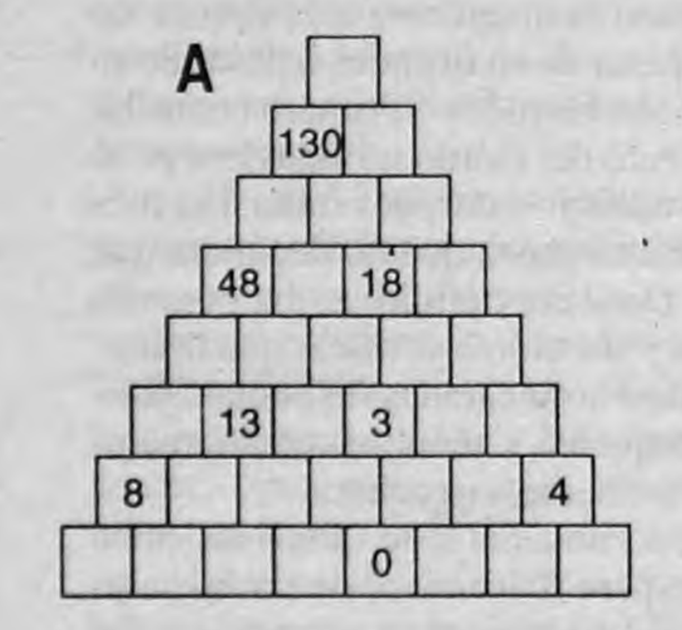


A		1
B		2
C		2
D		2
E		3

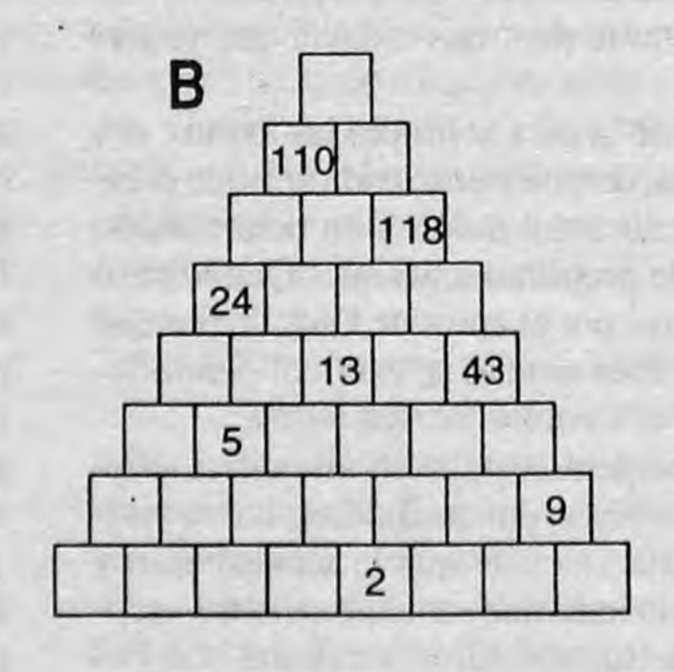
Pirámides numéricas

Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga las sumas de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.

A



B

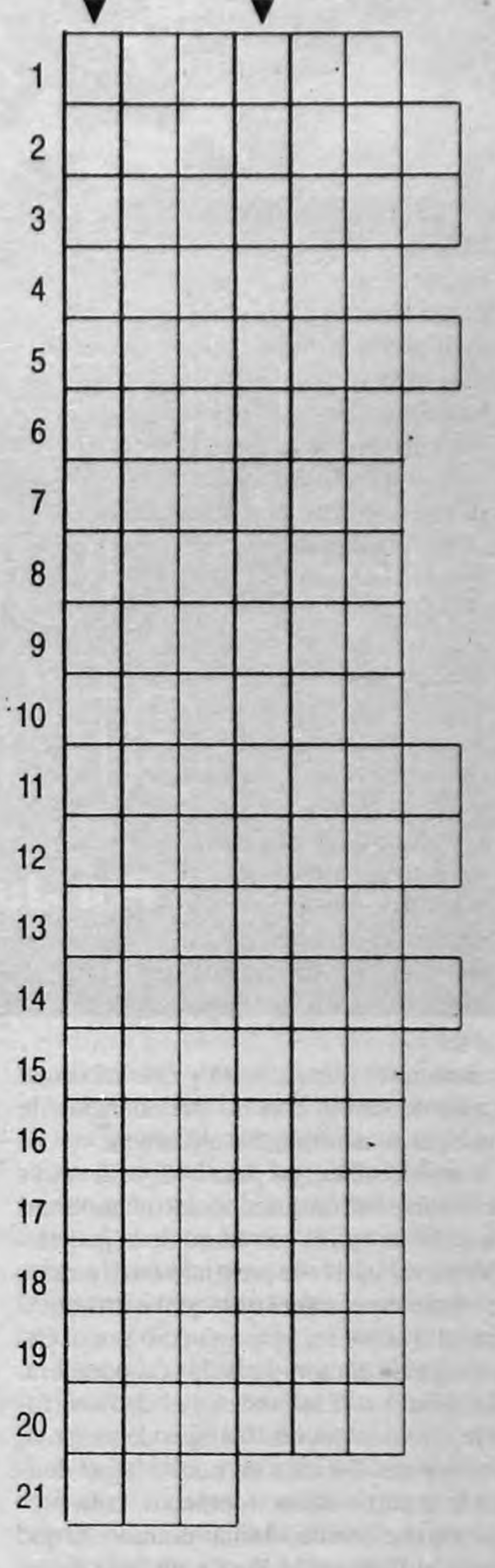


Grilla enigmática

En las definiciones de esta grilla encontrará intercalaciones (El MORO CHOcó con el moreno = MOROCHO), juegos de palabras (Entrega en la raDA=DA), acertijos (Fue don Corleone = BRANDO) y anagramas (donde deberá buscar otra palabra con las mismas letras que una dada pero en otro orden: CAMARAS = MASCARA). Estos últimos están indicados en negrita. En las columnas señaladas aparecerá una frase. Como ayuda, van las sílabas que forman las palabras buscadas.

DEFINICIONES

1. Casi asombrado en esta oscuridad.
2. No **borréis** al oficial inferior de justicia.
3. Prometí licor bien alcohólico.
4. El informe del **moro es** sucinto.
5. Mi asma se empeora con estos efluvios malignos.
6. Dile a Cata que acometa.
7. Es **grueso** y firme.
8. **Posees** algo denso.
9. Pasan día tras día cultivando esta cucurbitácea.
10. Con este condimento retocan el arroz con leche.
11. **Detalla** con fidelidad.
12. Caprichitos de las futuras mamás.
13. Poemas para remover sospechas.
14. **No le fía** un hidrocarburo no saturado.
15. Disney es sinónimo de ... animado.
16. Este paraje es un erial extenso y llano.
17. Libré al lacayo de usar este traje.
18. Si **rotase**, vería locos.
19. **Olerás** su gracia y donaire.
20. Dio sésamo a las deidades.
21. El peón tiene una entidad divina de los gnósticos.



SILABAS

a, a, al, an, bi, bra, bre, bu, ca, di, dí, dio, e, e, es, es, es, fi, i, jo, jos, la, le, le, le, li, li, mas, e, mias, na, ne, o, o, ón, pa, pe, que, ra, ro, ro, ro, rro, sa, san, se, ses, so, so, som, sos, ta, tad, te, tes, tí, to, ver.

Soluciones

Grilla enigmática

1. Sombra. 2. Esbirro. 3. Etílico. 4. Somero. 5. Miasmas. 3. Ataque. 7. Seguro. 8. Espeso. 9. Sandía. 10. Canela. 11. Lealtad. 12. Antojos. 13. Versos. 14. Olefina. 15. Dibujo. 16. Estepa. 17. Librea. 18. Orates. 19. Salero. 20. Dioses. 21. Eón.
"Se es más esclavo de los débiles que de los fuertes." Enrique Jardiel Poncela.

Pirámides numéricas

A.

215							
130	85						
80	50	35					
48	32	18	17				
27	21	11	7	10			
14	13	8	3	4	6		
8	6	7	1	2	2	4	
8	0	6	1	0	2	0	4

B.

293							
110	183						
45	65	118					
24	21	44	74				
16	8	13	31	43			
11	5	3	10	21	22		
7	4	1	2	8	13	9	
4	3	1	0	2	6	7	2

Palabra oculta

A. Matiz.
B. Mejor.
C. Culto.
D. Moler.
E. Catón.
F. Calor.